

Introducción

Los paseos nocturnos por las calles de Madrid son como viajes astrales hacia el interior de uno mismo. Es una ciudad que va a lo suyo, y así lo tienen interiorizado sus habitantes. Y digo “habitantes” de manera explícita, en lugar de “nativos”, porque incluso tras un mes allí, una persona es capaz de caminar por el centro sin notar la presencia de otros seres vivos, y viceversa.

Existen otros lugares parecidos, pero ni en Nueva York, ni en Barcelona, Roma, o Helsinki, he visto una capacidad de abstracción tan grande como la existente en Madrid.

Hasta que no comencé a través de la noche madrileña a buscar dentro de mí mismo, a analizar mi vida, la de mis seres queridos, y todo aquello que alteraba mis emociones, no me he visto capacitado para contar esta historia. Que no es mía, sino de otros, aunque unas veces he sido testigo en la sombra, otras con demasiada luz, y en algunas simplemente me ha bastado un café o un té de por medio para conocer detalles concretos.

Para mí no ha sido fácil arrancar con la escritura de estas palabras; primero porque nunca he sido más que un aficionado en este terreno, y segundo, no estaba seguro de si el mundo querría en realidad conocer la vida de una familia, en apariencia, corriente. Aunque, a mi entender, la existencia de los Arnold no ha sido algo nimio. En realidad nadie en este planeta merece ser ignorado. Todo ha pasado, pasa y pasará por la línea del tiempo por alguna razón, sea esta justa, injusta, buena o mala. Su calificativo diferirá muy probablemente en función de quien tenga la oportunidad de definirlo. Quizás por eso se suele decir que “cada persona es un mundo”.

En realidad lo más complicado a la hora de decidirme a plasmar cada línea de este libro, ha sido recordarlo. O mejor dicho, volverlo a vivir, haya sido o no partícipe de los acontecimientos. Todos, de una manera u otra, han afectado a mis emociones, y han influenciado en mi psique hasta un punto tan exclusivo que ahora soy incapaz de reconocerme si no es como soy a día de hoy. Las cosas que voy a relatar traen a mi memoria algunos de los días más felices de mi vida, pero también los más tristes, los más duros y algunos que, simplemente, querría no haber vivido.

Nunca he entendido a la gente que dice ser feliz en soledad, o es capaz de aislarse del universo en cuevas, casas, habitaciones o dentro de sí mismos. Formando parte de los Arnold he comprobado lo necesarias que son las relaciones entre personas. O mejor dicho, entre los seres vivos en general, porque conozco a perros y gatos que dicen más con un roce o un lametón que algunas personas con largas charlas, o excesivas emociones al aire.

Desde que abandoné mi casa, todo fueron saltos y caídas durante años, los cuales me sirvieron para encontrar pozos anegados de agua contaminada, personas tóxicas nadando en ellos, y alguien a quien no reconocía al mirarme en cualquier espejo. Supongo que cada cual necesita encontrar su lugar y sus porqués y, en mi caso, sucedió al entrar en la vida de los Arnold. Ellos me dieron una nueva perspectiva donde encontrar grises en mis negros, y azules en mis blancos. No todo se debió a cosas espléndidas, incluso las horrendas han podido predominar, pero lo bueno fue tan bueno que nunca me ha merecido la pena gastar ni un segundo en analizar lo malo.

Sé que todo esto es difícil de entender hablando con suposiciones, sin hechos concretos, al menos a priori, y no pretendo que nadie piense de otra forma aquí, al inicio de mis

párrafos. Solo puedo asegurar que al terminar cada afirmación tendrá sentido. Incluso es probable que alguien llegue a empatizar con mi sentir. Aunque ciertamente, no aspiro a ello. Mi única intención al aventurarme con esta biografía familiar es compartir cómo he percibido yo cada nota de amor, de cariño, de odio a veces, de compasión, de tristeza e incluso indiferencia.

Al tomar la decisión de escribir este compendio de narraciones, tuve que pasar muchas horas mirando al suelo, al cielo, a las estrellas, las luces artificiales y, de vez en cuando, los rostros desconocidos de quienes se cruzaron a mi paso. Siempre por las calles de Madrid. Visité otros lugares del mundo hasta que visualicé cada palabra o cada hecho a contar, pero ninguno consiguió sacar de mí frases o eventos tan claros y precisos como los que logró esa ciudad.

Como ya he dicho antes, es un lugar diferente, casi abstracto me atrevería a calificar. O al menos ha sido el único punto del planeta en el que he sentido que estaba en casa. Ha sido para mí un hogar, una escuela, un cine, un teatro, un sueño, un ser vivo conformado por millones de otros más. Estoy convencido de que ni mi vida habría sido la misma en un distinto sitio del mapa, ni mi visión de aquello que da sentido al latir del corazón habría sido tan periférica. Las personas son las que son, lo sé, pero desde

la aparición en el planeta del primer ser vivo, este siempre se ha adaptado a su entorno y basado sus días en aquello que sucedía alrededor. Por ese motivo, la certeza de que en otro lugar no habría conocido a los Arnold, o en el caso de haberlo hecho, esta historia no habría sido contada. O al menos no por mí, y por lo tanto muchos de los acontecimientos no se habrían sucedido.

Llegó el momento, por tanto, de vaciarme por dentro, deshojando la gran flor que es la genealogía de esta familia que lo ha sido todo para mí. He recuperado la mayoría de los recuerdos que poseo. Incluso los más profundos, gracias a mis pasos por la ciudad. Se podría decir que comencé siendo un féretro cubierto por el tiempo y el fango, que en su deseo por trascender, a través de un lento caminar, ha ido despojándose de toda la arena mojada que le cubría, hasta volver a ser algo de relativa importancia. Al menos para mí mismo, y para las personas de las cuales voy a hablar, espero serlo.

También sabréis de mí, por supuesto, pero al igual que fui un peón más de esta partida en la realidad, mi sitio aquí no será distinto. No fui protagonista, y no voy a concederme ese honor porque estaría siendo infiel a mí mismo y a quienes voy a mencionar a lo largo de las sucesivas páginas.

Antes de plasmar la primera letra de este breve pero intenso texto, voy a permitirme el lujo de perderme en un último paseo. Aunque ya todo está escrito en mi cabeza, quiero pensarles a todos, volverles a escuchar, ver cómo se mueven, caminan, sonrían y lloran. Deseo tenerles junto a mí, y sentir su calor y su fuerza de manera espiritual, antes de inmortalizarles a través de hojas en blanco surtidas de palabras en negro. Voy pensar en el primer día que anduve por las aceras de esta antigua villa tan llena de un pasado histórico casi inabarcable ni contando con cientos de escritores y su disposición de contarlos. Cómo surgió en mí la obligación, vestida de agradecimiento, de adentrarme en unas vidas que no son las mías, pero sin las cuales la mía habría sido breve como el tiempo de una mosca en el planeta. Ese día en el que todo nació, ahora se fusiona con el que pone punto y final a los momentos más relevantes de alguien tan insignificante, pero afortunado por haber tenido la oportunidad y el privilegio de ser parte de algo tan maravilloso.

Pero todo a su debido tiempo. Es el momento de comenzar, y creo que, aunque suene redundante, siempre lo más acertado es hacerlo desde el principio...

De aquí para allá

Helen fue víctima del machismo globalizado propio de finales del siglo XIX. Al cumplir los dieciocho años, en su Polonia natal, vio cómo su niñez daba paso a la madurez sin apenas ser consciente de ello. Su vida cambió por completo cuando sus padres decidieron quién sería su marido: un hombre de negocios polaco, cercano al medio siglo de vida, adinerado, y separado.

Tuvo dos hijos no deseados con aquel hombre a quien llegó a odiar con todo su corazón, a pesar de que en su cabeza la verdadera culpa del rencor pertenecía a su familia, por haberle obligado a casarse en contra de su voluntad. Y aunque en realidad tenía buen concepto de su marido, necesitaba un chivo expiatorio, dado que ni le amaba ni le conocía.

Durante dos años de matrimonio ejerció la picaresca y el hurto como el mejor de los ladrones, pero dentro de su propia

casa. En cada encargo, compra, capricho, o a hurtadillas mientras su marido aguardaba la cena fumando puros en el salón, sisaba dinero que escondía en una caja secreta.

Cuando reunió una cantidad importante de dinero, un domingo por la tarde se despidió de su esposo, con la excusa de realizar una compra de tejido para arreglar unas cortinas, y puso rumbo a Texas, en Estados Unidos. Abandonó a ese hombre, dejándole al cuidado de los dos hijos que había traído al mundo. Jamás volvió a ver a ninguno de los tres, ni pasó por su cabeza una mínima estela de nostalgia. Tomó una dura decisión, con todas las consecuencias, borrando de la memoria aquella etapa como si jamás la hubiera vivido.

En un país extraño para ella, donde hablaban una lengua que no entendía, construyó una existencia forjada por ella misma, sin más dueña que su propia conciencia. Sin ataduras. Sin nada ni nadie decidiendo lo mejor para su futuro.

Lo primero que hizo fue eliminar cualquier rastro del pasado, y gracias a un compañero de su travesía en barco, consiguió contactar con personas involucradas en el mercado negro para cambiar el apellido de Kostka por Dale. No lo eligió por nada en particular, salvo porque era el apellido del tipo que le

consiguió la documentación falsa. Le costó relativamente poco encontrar trabajo, primero como camarera en un local de barrio, y después como recepcionista en una consulta médica privada. Allí germinó su interés por lo relacionado con la sanación de enfermedades físicas, mentales, lesiones y todo lo que conllevara ayudar a los demás en la superación de sus dolencias.

Esa devoción acabó siendo inversamente proporcional con su interés por ofrecer lo mismo a sus seres más allegados. Concretamente a su familia; más profundamente, a sus hijos.

Logró un puesto como asistente de enfermería dentro de la marina que más adelante evolucionó hasta ayudante, algo que le permitió moverse por distintos lugares de la vasta geografía norteamericana. Conoció a multitud de personas, se relacionó con los hombres que quiso cuando le apeteció -los utilizaba, se decía con sorna a sí misma-, para acabar casándose por interés con Hank McDowell, un educado periodista que estuvo besando el suelo por donde ella caminó hasta el último de sus días.

Se labró una buena reputación ayudando en labores de sanación, y gracias a ello acabó siendo destinada a aportar su experiencia, junto a otras compañeras, en una Europa necesitada de cualquier sustento que permitiera curar las heridas de la

Primera Guerra Mundial. Aunque por desgracia se encontró, sin apenas tiempo para recuperarse, con una Segunda más cruel y apocalíptica.

Se ubicó en distintos países, siempre junto a su marido, que aprovechó la apertura de campañas de ayuda humanitaria para cubrir como reportero las consecuencias de la guerra, y a los damnificados por ella. Durante ese periodo, Helen dio a luz a otros dos hijos, Martin y Paula, en 1921 y 1922, respectivamente. Al igual que ella, por caprichos del destino, nacieron en Polonia. Avanzado el ecuador de la guerra que Alemania declaró al mundo, Hank fue capturado por los alemanes, al ser confundido con un espía aliado. Le torturaron, humillaron, violaron y fue defenestrado hasta su muerte. Solo cuando los rusos rescataron a Polonia de la barbarie se pudo identificar su cadáver entre miles de escombros.

Antes y después de la desaparición de su padre, la adolescencia de los hijos de Helen, Paula y Martin, transcurrió entre huidas, pérdidas, miedos y tristeza, debido al ensañamiento sufrido por su pueblo en aquella guerra. Esos días se basaron en luchar por una supervivencia que llegó a convertirse en una utopía para ellos, debido a las constantes carreras y escapadas. Todo ello acabó convirtiendo a Paula en una mujer nómada desubicada,

alejada de cualquier lugar, porque nadie podía garantizar en ese periodo la seguridad y habitabilidad de las guaridas donde se escondían. El temor a no despertar al día siguiente transformó su vida por completo.

Fueron años de tragedia constante, con bofetadas de realidad que se manifestaban junto a los cadáveres de amigos, conocidos y vecinos. Las cunetas de las carreteras por donde se arrastraban acabaron convirtiéndose en improvisados cementerios hacia los que nadie quería mirar. Esas imágenes dieron pie a una terrible consecuencia emocional en la memoria de Paula, ya que desarrolló una virtud –maldición para ella- que le permitía recordar cualquier cosa con suma precisión. Hasta el día de su muerte, su cabeza fue capaz de conservar cada detalle de sus vivencias, sin importar la antigüedad. Eso hizo de ella una persona demasiado aferrada al pasado, e influyó notablemente en su presente y futuro.

Tras la pérdida de Hank, Helen volvió a encontrarse sola, pero esta vez con dos hijos a los que ni podía ni quería cuidar sola. Así, cuando pudieron escapar de Polonia y regresar a su casa, en Nueva York, envió a Paula y Martin a un orfanato, para que, según ella, pudieran optar a una vida digna. Apenas les dedicó tiempo, y solo cuando ellos se emanciparon, al cumplir la mayoría

de edad, volvió a tener un mínimo contacto con ellos. Pero ya fue demasiado tarde. Cualquier vestigio de amor familiar se desvaneció por ambas partes durante esa época. Eso sí, las heridas, con el tiempo, acaban sanando o, al menos, se olvida que duelen al roce de los dedos. Aunque tanto la madre como los hijos siempre fueron conscientes de que hay cosas que jamás se recuperan, como la inocencia y, especialmente, la confianza.

Por su parte, Martin decidió renegar de su madre sin miramientos. Cuando se casó en 1953, a sus treinta y dos años, con Lucy, una pelirroja hija de un granjero de Kansas, no se planteó enviarle una invitación de boda, ni le reveló que, al poco tiempo, fue padre de unos preciosos trillizos. Pero esa impuesta ignorancia sirvió para que Helen nunca sufriera la muerte de Martin y dos de sus hijos en un fatal accidente de avioneta, ante la presencia incrédula desde tierra del tercer niño y su madre.

Paula sí lloró a su hermano y sobrinos en los funerales y entierros, pero nunca quiso compartir ese dolor con Helen. Decidió guardar esa tragedia en su interior, negándole a su madre un motivo para sentirse arraigada a Martin. Un hijo al que había ignorado y abandonado a su suerte, como si hubiera nacido de la nada. “Hasta una mona habría hecho más”, pensó.